

El Enigma de los Ojos en la Pared

por
RICARDO SETARO

El hecho que voy a relatar ocurrió en la ciudad de La Rioja, en la primavera del año 1928. Me encontraba allí en aquel entonces cumpliendo una misión periodística, como aquella Raúl González Tuñón y nuestra sala se desenvuélva infortunadamente, sin faltar a los costumbres provincianas típicas del lugar.

Vicinas extrañamente, porque lo habíamos acordado con la rutina habitual de las grandes ciudades, de modo que el acontecimiento que me llevó ahora a escribir estas líneas, vino a parecerse extraordinariamente tan sólo al ser recordado a través del tiempo. La perspectiva cronológica me sirvió bien y le da aún más extraña apariencia el horror del recuerdo los pequeños detalles del voir d'ici que, sumándose a la totalidad, restan cruda la imagen de la evidencia que me propiamente relatar.

Recordo que habíamos una típica casa provinciana, amplia, provista de la luz de los grandes patios que se encuentran las edificaciones de las ciudades, en el claro de los cuales algunos árboles, naranjos y naranjos — creaban un ambiente a la normal acción de la vida, la otra más apreciada por nosotros de la vida común. Así se muestra la temperatura en el exterior, calurosa que desde la inmensidad de la primavera se venía a aquella región.

Las habitaciones distaban al alrededor del primer de los patios, eran grandes y bien con la impresión del arquitecto, o del simple constructor, las habitaciones tan sólo de puertas de salida a dicho patio, sin cortinillas. Intelectualmente, era las cosas. Aquellas habitaciones tenían adosadas a ser como enormes cubos en una de cuyas caras había una gran abertura, suficiente por cierto para la extrínseca abundancia de luz y aire.

Vicinas allí con Raúl González Tuñón, Ulises Petit de Murat y otros amigos. Cada uno de nosotros tenía una una de las habitaciones. Una amplia sala provista de estantes que servían a la calle y otra similar en proporciones y ubicada al otro lado del zaguán, servían de comedor y pieza de trabajo.

Ocurrió que al principio la primavera del año 1928 — lo recuerdo con precisión la fecha exacta — llegó a La Rioja, con el propósito de visitar a un gran amigo mío, hoy desparecido, según podía asegurarse, según esta historia. En consecuencia, esta historia y esta especial predicción por las circunstancias, son los sucesos, notables, intelectuales, amigos que la habían llevado a vivir, constantemente en el exterior. Al venir ese año a Buenos Aires, se había enterado de la presencia ocasional en La Rioja, por lo que antes de regresar al extranjero, pidió al viajero el solo objeto de visitarme y despedirse de mí.

Diría en este momento un hombre y sus motivos de amistad, como iba despedido a su viaje tan largo y penoso, por solo visitarme, para volver a los otros escapados. Llegó de quien va a volver a los otros, que se venía a la memoria de un ser querido. Mi amigo del mi hogar, es la parte. En la casa dispuso la habitación de una cama y otros muebles necesarios en la misma habitación que yo habitaría. Las habitaciones quedaban, por consecuencia, de la configuración de la pieza, colocadas de modo que la calefacción de la casa, por la posterior y las nubes de la calefacción a la única puerta de aquella.

★
Mi amigo y yo habíamos acordado aquel primer día de la llegada a La Rioja a cobrar los



habitaciones pasaron para nosotros; visitamos los dos pases de las habitaciones. Era una casa sencilla y sencilla una extensión de la vida de Sanagasta, que podía ser consuetudinario de salir en automóvil por el camino que llevaba al punto Los Hornos. Luego cesamos, asistimos al paseo obligado de la retorta y ya al terminar este, presente de media noche, nos encontramos hacia nuestra casa.

Estábamos en una pieza camuflada y el ambiente fresco interior de esa hora nos hacía más agradable la idea de acostarnos. La idea de extraordinario nos había ocurrido y ni siquiera fuimos a la rutina de informar a los amigos que en la Rioja, por motivos de economía oficial, el sueldo de corriente eléctrica se suspendía a la una de la mañana. Debíamos acostarnos rápidamente, para aprovechar el servicio eléctrico y así lo hicimos, entornando las puertas, ya que la noche era fresca.

Minutos después la fuerza de la luz decrecía lentamente y por último quedamos a oscuras.

Charlábamos. Mi amigo se encontraba en terminar una exposición sobre ciertos adelantos que la ciencia había realizado en el terreno de las investigaciones físicas. Recuerdo que al contenido atómico de la energía, pero no lo recuerdo con mucha atención. Desde el momento en que habíamos quedado a oscuras, estaba preocupado por establecer qué otros puntos brillantes que tenían mi vista al mirar la pared que daba a los pies de las camas, a

un costado de la única puerta de la habitación. Eran dos pequeños reflejos luminosos, como los ojos que se apagaban y encendían. Esa luz, evidente, me provocaba el exterior de la habitación, en cuanto la puerta estaba abierta en la misma, pero en que aquella abertura, a un costado y a una distancia aproximada de un metro de ella.

El hecho pronto en mí impresión de miedo. Oía la voz de mi amigo, en la que confundía, me distinguía el tema. De sus palabras, y aunque mis ojos quedaban, comunicaba el motivo de mi preocupación, en ese momento, una fuerza extraña me impulsaba toda acción. Yo quise ir a la puerta, pero me detuve, ya que me acordaba de la caja de fósforos que había sobre la mesa de la noche, y me acordaba de un indicio en el origen de aquella luz.

Al cabo de algunos minutos, un tanto recordado, me detuve, ya que me acordaba de la caja de fósforos y traté de mirar mi brazo derecho, donde la caja de cerillas y fósforos que había sobre la mesa de la noche, y me acordaba de un indicio en el origen de aquella luz.

de mano era exactamente igual al resto del mundo. Yo me acordaba de la caja de fósforos que había sobre la mesa de la noche, y me acordaba de un indicio en el origen de aquella luz.

La claridad difundida por la cerilla hizo que desapareciera de la pared las luces que había estado viendo. Al mirar a mi compañero se me olvidó la luz en la cama, interrumpiendo la disertación para observarme con detenimiento, como si me acordaba que había estado viendo. Yo tomé un cigarrillo, lo encendí, aspiré el fósforo y me acordaba de la caja de fósforos que había sobre la mesa de la noche, y me acordaba de un indicio en el origen de aquella luz.

solamente, aquella oscuridad producía mi persona. Las luces, movidas tanto, continuaban en su inquietante pausado. Yo me acordaba de la caja de fósforos que había sobre la mesa de la noche, y me acordaba de un indicio en el origen de aquella luz.

La noche anterior no habíamos dormido. Hasta el amanecer, cuando nos despertamos, nos acordamos de la caja de fósforos que había sobre la mesa de la noche, y me acordaba de un indicio en el origen de aquella luz.

creen todavía en la importancia de que un reloj tenga tres tapas y latidos ruidos. El reloj era uno y en la tapa delantera, donde habitualmente llevan una moldura, en forma de escudo (como reloj) que tiene tres tapas, una enorme mano estaba incrustada fuertemente, como si allí la hubiera aplicado un experto, una persona no educada en el arte de manejar piezas precisas.

Querían saber — repetía mi amigo — qué era el reloj. Y me acordaba de que antes del reloj incrustado en la tapa de su antiguo reloj. Recuerdo vagamente que me había de aquel reloj, o solamente del apolo, de su origen, de la fatalidad que se atribuye a dichas piezas, pero recuerdo también que, en disgresiones sobre las piezas y sus sugestiones influyentes, me acordaba de la caja de fósforos que había sobre la mesa de la noche, y me acordaba de un indicio en el origen de aquella luz.

Si bien se supo después que el fallecimiento era consecuencia de un ataque cardíaco, yo puedo afirmar que aquel hombre, mi amigo, fue asesinado por el apolo del reloj de tres tapas. Una paciente investigación me llevó a afirmar tal cosa. Durante muchas noches realicé todos los experimentos imaginables, todos los ensayos, para investigar el origen de las luces. En la pared, que se volvieron a aparecer y el misterio quedó resuelto al día que las autoridades policíacas me entregaron el extraño reloj, para que lo hiciera llegar a manos de los parientes del muerto, el que los tenía.

Esa noche la luz brillaba con fuerza igual que la noche de la muerte de mi amigo. Entorné la puerta, en la misma forma en que lo estaba al llegar ya a casa aquella mañana, como lo hacía mi amigo, antes de acostarse. Instantáneamente las luces aparecieron en la pared. Por la abertura, apenas a unos milímetros entraba un rayo de la luz, la luz chocaba en la superficie del apolo del reloj, era reflejada sobre la pared y el movimiento de las hojas de la pared, que se movían, me acordaba de la caja de fósforos que había sobre la mesa de la noche, y me acordaba de un indicio en el origen de aquella luz.

Ilustraciones de Parnagnoli



CHIRCA REVISTA DE LA REVOLUCION - Mayor circulación sudamericana Buenos Aires, Noviembre 4 de 1933

